

Los esclavos

Oficios de negros

A los esclavos, además de las tareas del hogar —para lo cual eran generalmente comprados— se les enseñaba un oficio para que sus dueños pudieran obtener algún dinero extra con el cual solventar los gastos de la casa.

De esta forma hubo carpinteros, violinistas, herreros, lavanderas, planchadoras, amas de leche: es decir, todo lo que rindiera alguna moneda para el dueño.

A excepción de cura o funcionario estatal, hicieron de todo. Para el Cabildo fueron desde pregoneros, serenos y faroleros hasta "mata perros y ratas", sin olvidar que debían juntar los cadáveres —de todo tipo— que eventualmente aparecían en los huecos, o jugar de verdugos en los ajusticiamientos (aunque es de suponer que esto último no les desagradaría por cuanto que nunca se ejecutaba a un negro debido a que su vida valía dinero).

Cuando fueron libres, tenían tantas habilidades que supieron ocupar todos los lugares de trabajo de que se disponía para su nivel social.

Lo que más abundaba era la venta ambulante, sobre todo de pasteles —a la mañana— y tortas —a la tarde o noche.



Al parecer era pintoresco verlos con su "tipa" (especie de bolsa-bandeja de cuero cosido) repleta de tortas calientes y un farolito en alguna esquina porteña; cada uno tenía su puesto estable, siempre había uno en varias de las esquinas de las actuales Presidente Perón, Rivadavia, Hipólito Yrigoyen, sobre todo a la altura de Florida.

También vendían masas, dulces, alfajores, rosquetes, caramelos, etc. Los llevaban en

bandolas (especie de bandeja-mesita con patas que se colgaba de los hombros con unas correas de cuero). A estos negros golosineros se los llamaba **tíos** y ejercían fascinación sobre los chicos quienes ni bien oían el silbido característico salían corriendo a gastar su medio o su cuartillo (medio real, cuarto de real) que quizás guardaban durante semanas.

Llamar al tío también era en premio por algo, como castigo era la prohibición de llamarlo. Demás está decir que como no había confiterías, ni mucho menos los actuales kioscos, los **tíos** desempeñaban un rol importantísimo, no sólo en la vida de los chicos.

Otro rubro explotado para la venta ambulante era el de las aceitunas, sobre todo antes de las dos de la tarde (a esa hora se comía). Solía caminar las calles un *moreno* (como entonces se les decía) pregonando "aceituna una" ¿Dónde las llevaba? Sobre su cabeza, en un gran tablero con platitos de madera iban las aceitunas condimentadas con aceite, vinagre, ají, ajo, limón y cebolla.

También había quienes vendían escobas y plumeros que ellos mismos fabricaban.

Sin embargo, el oficio más curioso era quizás el del "hormiguerero". Cuenta Wilde que era de verse el aire de suficiencia y de saber que asumían cuando trataban de explicar a quienes

los contrataban, la dirección de los conductos, la situación de la hoya, etc. Parece que en los "casos difíciles" se juntaban dos especialistas y se consultaban en su medio castellano. El trabajo de exterminio no era con venenos, sino que seguían el camino hasta dar con el centro del hormiguero, allí cavaban y lo inundaban por completo. Según opina Wilde, no conoció veneno ni pesticida moderno que hubiera igualado la eficiencia de aquellos hormigueros.



Pero no hay que olvidar que también las mujeres negras trabajaban. Su mayor ocupación era el lavado de ropa. Por los tiempos de la Independencia, las costas del río (que por entonces corría ahí nomás de la avenida Leandro N. Alem), a la altura del actual edificio del Correo Central y hasta la Recoleta, estaban cubiertas de negras lavanderas; con el tiempo el espacio se fue extendiendo hasta las proximidades del Riachuelo. En el libro: *Cinco años en Buenos Aires*, se cuenta que durante esos cinco años (1820 a 1825), *este ejército de jaboneras se extiende hasta cerca de dos millas. Lavan bien, colocando la ropa sobre el suelo para secarla. Las ladronas son castigadas con zambullidas. Una boda u otra ceremonia jubilosa se celebra con magnificencia africana. Forman pabellones de ropa blanca y la heroína pasa por debajo de ellos; llevan*

bastones con trapos rojos a guisa de banderas, hacen ruidos con tambores y cacerolas, bailan como en Guinea o Mozambique... Si se aproxima una tormenta la confusión alcanza un grado culminante, se produce el caos y las mujeres se desbandan en todas direcciones para salvar sus ropas...

Las lavanderas eran mujeres muy fuertes que soportaban las peores inclemencias del invierno con sólo unos mates que se preparaban encendiendo fuego en los espacios verdes de la ribera. Cuenta Ismael Bucich Escobar que cada una en "su pileta" cavada en la tosca, *trataba la ropa de sus amos sin miramiento alguno, a garrote limpio, para no restregarla, y la sacudían con fruición, pensando acaso que golpeaban a sus propios dueños, resarciéndose así de castigos y malos tratos.*



Lavanderas en el río, Emerix Vidal

A pesar de lo duro del trabajo, parecían felices, nunca estaban calladas. Se sabe que eran muy charlatanas y transmisoras de chismes, entredichos y chistes que festejaban con carcajadas, tan características que cualquiera podía reconocer su origen y hasta dieron lugar a un refrán que se citaba a propósito de algo estruendoso: "como risa de lavandera".

Eran tan buenas contadoras de chistes y ocurrencias que algunas familias solían ir las tardes de verano a sentarse "en el verde" a escuchar los dichos de quienes serían dueñas y señoras de toda la costa hasta 1889, cuando el intendente Seeber suprimió para siempre el lavado de ropa en el río "por sucio y peligroso", y el gremio se recluyó en los conventillos de la ciudad en donde seguiría cantando y riendo como en la ribera.

Además de lavanderas, había negras libres que vendían buñuelitos y tortas fritas bañadas en miel de caña, sentadas en el cordón de la vereda mientras espantaban las moscas con una vara de sauce. Dice Wilde que sus principales compradores eran los peones carretilleros que se acercaban a las plazas después de haber pasado quizás veinte o treinta días de travesía por el campo comiendo sólo carne.

Pero una negra que no sabía cocinar ni lavar (que no era tarea fácil) podía ser "ama de leche", es decir, dar de mamar a los recién nacidos a cambio de dinero. Eran muy buscadas porque los médicos recomendaban a las negras como nodrizas porque decían que tenían mejor leche que las blancas.

Bibliografía

La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires 1810 - 1860

Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, EUDEBA 1999